

Manuel Galcerá Videllet

* Caseres (Tarragona) - 8 julio 1877
† Ibros (Jaén) - 3 septiembre 1936

Manuel Galcerá Videllet nació el 8 de julio de 1877 en Caseres, provincia de Tarragona y perteneciente a la diócesis de Tortosa, en el seno de una familia humilde que trabajaba el campo. Sus padres se llamaban Manuel y Dolores.

Realizó sus primeros estudios en el Colegio de San José de vocaciones sacerdotales de Tortosa. Marchó después al Seminario central de Zaragoza para estudiar Derecho canónico y obtener el doctorado en Teología. Gozaba de una gran capacidad intelectual y, aficionado a los idiomas, dominaba el francés, el alemán y el inglés.

Fue ordenado sacerdote el 1 de julio de 1901 y permaneció en el Seminario de Zaragoza como auxiliar de los operarios hasta 1905. Ingresó en la Hermandad como aspirante el 19 de agosto de ese año y realizó su primera consagración el 12 de agosto de 1907.

Después de un curso como prefecto en el Seminario de Barcelona (1907-1908), los superiores le destinaron a Tarragona como administrador, formando parte del primer equipo de operarios que empezó a trabajar en este seminario. Él siempre recordó con mucho cariño aquellos años de Tarragona, donde coincidió con un grupo de futuros mártires: los beatos Joaquín Jovaní, Mateo Despons y Cristóbal Baqués.

Aparte de la administración, estaba encargado también de los seminaristas externos. Se distinguió por su entrega en la labor formativa y por su interés por introducir algunas mejoras pedagógicas. Destacó asimismo como gran catequista y se responsabilizó de la organización de los Catecismos.

Al poco de morir su buena madre, fue destinado en 1911 al Seminario de Cuernavaca, en México, para asumir alguna cátedra de teología. Allí fue profesor de Teología dogmática, de Hermenéutica y de Hebreo. Con la ayuda del beato Isidro Bover, promovieron algunas mejoras en la vida de la comunidad.

Sin embargo, el clima de Cuernavaca afectó seriamente a su salud y fue enviado en 1913 al Seminario de Querétaro, donde también fue profesor y asumió parte de la administración de la casa. Sin embargo, a causa de la revolución mexicana, quedaron clausurados los seminarios de Cuernavaca y Querétaro. Don Manuel regresó a España al cumplirse los tres años para los que fue destinado a México.

La verdad es que volvió con la salud bastante quebrantada. Por su frágil salud y por la necesidad del Director general de tener que configurar los equipos de formadores, pasó por varios seminarios en poco tiempo. Fue administrador en el de Badajoz (1914-1915) y después en el de Ciudad Real (1915-1916). Don Manuel Grau, rector de este último, no escatimaba elogios sobre él: «Está muy contento, muy animoso y trabajando como buenísimo Operario… Es bueno, lo hace bien, tiene buena voluntad y muy buenos deseos, y no quiere salir de aquí… Se le tiene en muy buen concepto, se entiende bastante bien con la comunidad…». A pesar de su deseo, tuvo que cambiar de aires una vez más por motivos de salud, y fue enviado a Zaragoza, donde pasó dos cursos como administrador. Por su carácter pacífico y sereno, siempre sembraba paz a su alrededor y por ello el Director general le confió el cuidado de dos operarios que pasaban por dificultades.

El Rector del Colegio Español de Roma, el Beato Joaquín Jovaní, que le conoció en Tarragona y que tanto lo apreciaba, insistió para que enviasen a don Manuel al Colegio de Roma, como profesor-repetidor de Filosofía. Sin embargo, su estado de salud no mejoró allí y el médico confirmó que su debilidad era tanta que necesitaba un año o dos de completo reposo, por lo que aconsejó que no debería trabajar mentalmente en nada. Así que tuvo que abandonar Roma después de un solo curso (1919-1920).

Sin embargo, poco le iba a durar el reposo completo prescrito por el doctor. El 2 de noviembre de 1920 fallecía el administrador del Seminario de Barcelona, y don Manuel fue enviado allí para sustituirle. En Barcelona se sintió a gusto y trabajó bien.

En 1924 marchó al Seminario de Valladolid. Allí asumió excesivo trabajo. Era administrador y también estaba encargado de la Secretará de estudios y de la sección de seminaristas mayores como prefecto. Posteriormente también atendió a los seminaristas externos. Por todo ello, su actuación en Valladolid fue ejemplar. Siempre y en todas las casas donde actuó, él procuraba que reinara la armonía más cordial en el equipo de formadores y no perdonaba sacrificios para conseguirlo.

Sintió la necesidad de atender a su padre, que se encontraba enfermo y debilitado en el pueblo, y por ello pensó en dejar la Hermandad. Sin embargo, el Director general le animó a continuar, asegurándole que la Hermanad se encargaría del bienestar de su padre.

Marchó en 1933 al Seminario Menor de Zaragoza, situado en Belchite, donde trabajó como prefecto y profesor. Después de un solo curso llegó a su último destino, como director espiritual del Seminario Menor de la Diócesis de Jaén en Baeza.

Dos años estuvo en Baeza (1934-1936), como profesor y director espiritual del Seminario y también como confesor de las religiosas Agustinas y Carmelitas. Fue un operario dedicado plenamente a su tarea de formador espiritual.

En Baeza le sorprendió la persecución religiosa de 1936. El 20 de julio quedó violentamente clausurado el Seminario, siendo encarcelado junto con su compañero don Aquilino Pastor. Antes estuvieron refugiados en la casa de una familia amiga del Seminario. De allí fueron llevados al Ayuntamiento, donde los separaron. A don Manuel le condujeron después a la cárcel, que estaba llena de presos, entre los cuales se encontraban quince sacerdotes. Durante el tiempo de su cautiverio vivían unidos en la oración y confortados por el sacramento de la Penitencia, que se administraban mutuamente. Así estuvieron desde el 20 de julio al 3 de septiembre, alentándose unos a otros para el martirio.

En la madrugada del 3 de septiembre, treinta y uno de los presos –doce de ellos sacerdotes, entre los que se encontraba don Manuel Galcerá– fueron conducidos por una carretera secundaria a un lugar apartado, a unos nueve kilómetros de Baeza, en el término municipal de Ibros. Allí fueron asesinados por un pelotón de milicianos. El canónigo penitenciario, don Francisco Martínez Baeza, absolvió a todos antes de que los mataran.

Fueron enterrados en una fosa común del cementerio de Ibros. Al terminar la guerra en 1939, fueron exhumados los restos mortales de «los 31», como se denomina en Baeza a este grupo de mártires, y llevados procesionalmente a su catedral.

D. Antonio Torres traza así su retrato espiritual: «Desde tiempos de estudiante gozó don Manuel de fama de hombre de no común talento. Fue siempre amigo y cultivador del estudio. Apacible de carácter, recogido y abstraído en su afán de saber, pasó por la vida con una edificante humildad, aceptando y conformándose con los varios ministerios que los superiores le fueron confiando. Poseyó gran caudal de ciencia; pero supo santificarse con la suprema ciencia de la humildad y sencillez».

Quienes lo conocieron y trataron lo describen como un operario muy bondadoso, que sabía resolver sus problemas sonriendo, de gran talento; también bastante enfermo, lo cual le impedía trabajar tanto como le hubiera gustado; hombre de mucha fe y plenamente entregado a su misión, con obediencia cordial y muy devoto de la Santísima Eucaristía. Los testimonios lo definen como un sacerdote cabal, fiel a sus compromisos y a sus votos, dedicado a su ministerio y querido por todos.

ORACIÓN PARA OBTENER GRACIAS

Oh Dios, que con la sangre de tus sacerdotes
Manuel y compañeros
fecundaste su labor apostólica,
orientada especialmente a la formación sacerdotal,
concede, por su intercesión,
que surjan en tu Iglesia dignos ministros del altar,
que nosotros seamos fieles en el servicio de tu Reino.
y la gracia que te pedimos.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Para comunicar gracias recibidas o enviar limosnas:

Sacerdoti Operai Diocesani
Via della Cava Aurelia, 145
I-00165 ROMA

Sacerdotes Operarios Diocesanos
Vallehermoso, 38, 1.º
E-28015 MADRID

postulacion@sacerdotesoperarios.org - www.sacerdotesoperarios.org